

BARDA.CEFC.ORG.AR

PRÓLOGO

ARCANO NRO XIV

LA TEMPLANZA





MARÍA EVA BENAMO*

1. ARCANO NRO. XIV: LA TEMPLANZA NO ES PASIVA

La salida del número XIV de Revista Barda estaba prevista para noviembre de 2023. Sin embargo, lo que aconteció en Argentina por esas fechas, digámoslo simbólicamente, detuvo su concreción en el arcano número XII.

En el texto que habíamos escrito para la convocatoria lanzada unos meses antes, nos preguntábamos por el vínculo entre las mediaciones tecnológicas, las dimensiones afectivas de la subjetividad y la aparición de un fundamentalismo del mercado que desbordaba los rincones de la economía política hacia espectros más amplios de la cultura. La "nueva" subjetividad, señalábamos, parecía incorporar rasgos emergentes de la interacción con los ambientes tecnológicos, exhibir una concepción fuerte de "individuo" y proyectarse sobre una causa final -telos- ubicua que llamábamos "la guita". Estas ideas surgieron al calor del eje ¿Qué puede querer decir pensar el futuro en nuestras condiciones? de las XI Jornadas Debates actuales de la teoría política contemporánea, en donde -no lo sabíamos aún- nació este número. Allí caracterizamos "la guita" como el Hierofante, como el legislador de un mundo emergente que, desesperado por la supervivencia y distorsionado por sus condiciones tecnológicas, encuentra en el dinero una certeza propia de un mundo pleno de incertidumbres y

* Lic. en Filosofía (UNS) Becaria doctoral (CONICET), maestranda (CEA-UNC) y auxiliar docente (UNS). Trabaja en la intersección entre Cibernética y Bioética, en el marco de Filosofía de la Técnica y Filosofía de la Cultura

precariedades y la comunicación con el refugio de lo sagrado. Percibíamos en la deriva fundamentalista de la economía política un proceso de subjetivación ligado a lo que podríamos llamar "crisis de espiritualidad", es decir, la fractura entre el mundo interno y externo de la subjetivación, que se expresa hoy bajo el hierón individualista y sus phanías tecnológicas. Ese devenir parece, hoy, haberse consolidado en Argentina.

En sintonía con esta situación, decíamos, en noviembre del 2023 sucedió algo verdaderamente disruptivo. Ganó las elecciones presidenciales un economista liberal libertario que se presenta a sí mismo como vocero del espíritu, viajante del tiempo y genio en teoría económica. Allende a sus concepciones teóricas, su sistema de creencias parece maridar bien con la crisis de subjetivación mencionada, que crece al calor de la necesidad de orientación simbólica ante los diversos colapsos sistémicos en ciernes. Los rumores "al fin, se hicieron ciertos" y la subjetividad vehiculizada por las tecnologías fue protagonista del devenir fundamentalista del mercado, encarnado por la figura del Presidente. El primer año del gobierno en cuestión requirió de nuestro esfuerzo explícito para no ser arrastrados por la disrupción de la afectividad propia y esa fue una de las razones por las que demoramos la salida de este número. En la confusión afectiva, nunca dejamos de insistir en la que, creemos, es nuestra tarea como pensadores: abordar el devenir de lo que acontece para comprenderlo y transformarlo, sabiendo que también somos parte del mismo. No creemos en la efectividad de imponer sobre los acontecimientos fórmulas abstractas largamente repetidas, porque nos alejan del movimiento evolutivo de la naturaleza y de la conciencia, movimiento que, ya sabemos, avanza contradiciéndose a sí mismo. El arcano número XII es una imagen simbólica que implica pausa, pero también cambio del punto de vista, iluminación.

La propagación de clichés de indignación sin reflexión ni demora es, además, una tentación multiplicada en gran medida por los ambientes tecnológicos mencionados. Los mismos propician la conectividad de quienes se interesan en el consumo de cualquier tema, favoreciendo la retroalimentación entre contenidos. Esta retroalimentación permite un tipo de amplificación exponencial que circula de manera descentrada entre productores que consumen de la que venden, bots "rentados" para variados objetivos, textos "leídos" por I.A., y usuarios que son tanto terminales de consumo, como co-creadores que mediante sus interacciones, bendicen o cancelan el torrente de contenidos. En este marco, la elección del Presidente actual parece ser expresión de un sentir subterráneo, complejo y compuesto por estas y otras variables técnicas cuya eficacia simbólica viene siendo ignorada o subestimada, como quien

evita lidiar con la interioridad monstruosa de su propia conciencia. Es por ello que, si bien sabemos que el mencionado vínculo entre mediaciones tecnológicas, afectividad y mercantilización está determinado por los nodos tecnocráticos del mundo, como el caso de Silicon Valley y sus negocios transnacionales asociados, tampoco perdemos de vista que esta determinación ha encontrado impulso en potenciales latentes de la misma sociedad. Esto es, en tensiones subterráneas que podrían explicar ciertos devenires tanatológicos o monstruosos que son fácilmente derivables en segregación social, violencia y en la fantasía de aniquilación como herramienta de transformación. Porque además, esta torsión simbólica no afecta únicamente a un sector ideológico, es más bien una atardecer sobre la pradera entera de una sociedad que se ha negado, mucho tiempo, a enfrentar su propia luna [XVIII].

El fluir de lo oculto a la superficie podría explicar por qué las propuestas políticas que sostienen muchos protagonistas de nuestro presente monstruoso, son extravagantes y ello no parece generar demasiado rechazo. Son propuestas difíciles de caracterizar porque no sólo son lejanas a la idiosincrasia corriente, sino también porque presentan inconsistencias groseras entre su decir y su accionar. Se trata de un ideario que, por ejemplo, mientras expresa enojo por la injusticia y proclama devoción por lo que llama "principio de no agresión", manifiesta desprecio por gran parte de la ciudadanía, desinterés por sus infortunios y sobre todo, falta de atención a los matices a la hora de expresarse, simplificándolo todo, binarizándolo todo, actitud que ya sabemos es una usina generadora de violencia y pauperización. En este sentido, podríamos decir que la propuesta política de los liberales libertarios presenta, hoy, rasgos de lo que suele llamarse bigotería, en alusión al término anglosajón "bigotry". Podemos decir también que se trata de un ideario que confía en su superioridad racional y moral, y que pretende, por ello, llevar adelante la intervención radical del Estado hasta reducirlo a su mínima expresión, sin considerar las consecuencias colaterales de esta transformación. Su esquema de pensamiento incluye, además, una mirada geopolítica basada en la admiración a los movimientos de las llamadas Nuevas Derechas -que no coinciden exactamente en sus criterios políticos, pero tal vez sí en sus metodologías- y a los tecnócratas más grandes del mundo, entre quienes probablemente se tejan alianzas que escapen al escrutinio de los ciudadanos de a pie y que nos dejan peligrosamente regalados ante los estafadores del mundo y sus distintos tipos de guerra ubicua.

Con todo, la asunción del movimiento libertario produjo varios cismas que tal vez podamos alquimizar en alguna especie de cura sobre venenos que le exceden y

le preceden. Para empezar, sabemos que el mismo cuenta con apoyo popular, aún hoy enorme, y no será esta Revista la que salga a señalar con el dedo la voluntad democrática de nadie, ni mucho menos el estado de ánimo que se traduce en esa elección. Esto implica reconocer que ciertos acuerdos democráticos no estaban siendo respetados hace larga data. Lo monstruoso no es privativo de ideologías, y se aloja en todas las expresiones de las mismas, sobre todo en aquellas que se creen libres de ello. Bien sabemos también, que la pretendida pureza de las voluntades, obsecuencia ante los liderazgos y soluciones deshumanizantes, han sido protagonistas de las épocas más oscuras, autoritarias y genocidas de nuestro país. Es por ello que a nosotros nos interesa dejarnos atravesar por el fenómeno en cuestión para comprenderlo y accionar -existir- en él de la manera más enriquecedora y menos dañina posible. El discernimiento situado, la conciencia del camino, es nuestra metié en tanto pensadores orientados hacia la problemática siempre tensa de la cultura. Es en este sentido que buscamos aportar a la comprensión y a la discusión en torno a la fuerza política emergente, con el mínimo sesgo dado de antemano posible, pero con una mirada filosófica responsable, que no desestima el punto de vista de la historia. Pensar implica reflexividad, y por ello también implica retornar para seguir avanzando, inventando futuros viables según ese constructo entre consciencia y experiencia en el que no nos permitimos ser siempre los mismos, pero recordamos que tampoco somos cualquier pueblo, en cualquier tiempo. Hic Rhodus, hic salta.

Sabemos que para ello hay que aplicar el mismo esfuerzo de comprensión al complejo tecnológico que parece favorecer la propagación de un tipo de afectos en lugar de otros, sino es que es la misma afectividad el producto predilecto de su comercio. En este complejo, la bronca se amplifica más fácil que la esperanza y, por supuesto, más rápido que las propuestas que requieren asumir un punto de vista en la complejidad. Lamentablemente, sostenemos, la cultura tiene una deuda de amor con las técnicas y sus efectos. Por ende, tal vez se haya quedado con puros afectos tristes para lidiar con ellas. Además, a esta falta de atención filosófica al fenómeno técnico, se le suman los estados de ánimo que parecen ser emergentes concretos de la vida en el marco del cambio tecnológico. Si a ello le sumamos el individualismo extremo y el fundamentalismo del dinero que la fuerza política gobernante trata canalizar y llevar adelante, encontramos un caldero repleto de dificultades que esmerilan la potencia del trabajo cooperativo, la búsqueda de soluciones integrales, del sentido de propósito que moviliza la acción. Pese a ello, sostenemos también que no es necesario desesperar, pues ponerse en cuestión a sí misma es la tarea terapéutica de

la cultura, la primera en advertir que no hay facultad o creación de la naturaleza que pueda evitar cambiar sin destruirse o volverse destructiva.

Si la cultura en su función reguladora, se volvió un tanto agobiante y reactiva ante la potencia de la novedad tecnológica, debe rectificar su error. Pero esto no significa que decante en mansedumbre. No es necesaria la complacencia con cualquier régimen tecnocrático salvífico que ofrezca respuestas cerradas, o anestias engañosas ante la incertidumbre propia del devenir multisistémico que somos. Estas tendencias salvíficas se comportan como se comportaron siempre, ofrecen paraísos mientras que en paralelo destruyen las condiciones necesarias para la sustentabilidad de esos mismos sistemas. La regulación que la cultura ejerce, además, no tiene por qué tener una dirección preestablecida. La regulación puede ser simplemente destructiva, ya sea porque impide la variación o porque la deja al azar, o puede o instituir una mediación: la motosierra puede ser considerada desde el punto de vista de su filo, o puede mirarse desde el acelerador, como hacía Gilbert Simondon, que explicaba la función de la regulación a partir del cebador que permite a la máquina encarar el esfuerzo discontinuo de una disrupción que acontece. Es decir, permite compatibilizar el encuentro entre la hoja y el tronco.

La Filosofía de la Cultura podrá darse a sí misma esa tarea de mediación, la de recordar que la rueda de la vida hay que atajarla si se sobregira demasiado, pero que también hay que empujarla para que no se estanque. Es por eso que nosotros no les estamos escribiendo a quienes, sentados en sus dineros, financian esta política de la rabia, deseando un descalabro que les traiga más dineros. Tampoco les estamos escribiendo a quienes desean el fracaso de esta administración para volver a ser ungidos santos. Nosotros ofrecemos lo que hemos caminado, lo que hemos sentido y pensado, para aquellos a quienes les han secuestrado la esperanza de un país mejor, de una vida mejor, pero aún así, no desean mansedumbre. Desean seguir creando. No queremos alimentar a los irresponsables que no han traspasado ni el primer umbral de la consciencia, es decir, aquella zona de sospecha en la que reconocemos -no sólo intelectualmente- que bajo la finísima capa de la individualidad autopercebida, hay una marea de potenciales energéticos, materiales y afectivos que reverberan según el colectivo y que son, en realidad, los que componen e inclinan la cancha del mundo.

Santos y orcos habrá siempre, son trajes extremos de la polaridad natural y de la dinámica de la vida en cada uno de nosotros. El fascismo es tal vez el intento de supresión de uno de esos polos, tanto a nivel colectivo como individual. Ignorar la

composición polar de todo lo que existe, la sombra de la luz de la consciencia y viceversa, sólo alimenta monstruos terribles. La paz -no la de cementerio-, no se impone ni suprime: compatibiliza, organiza, imagina una mediación de cara al futuro deseable. La cultura, aún y sobre todo en su expresión dinámica y técnica, tiene que tratar de inhibir la propagación de las fuerzas tanáticas provenientes del espíritu que religan sólo en la mente, tanto como aquellas que religan sólo en el corazón. El equilibrio dinámico, metaestable, creativo, es el camino.

EL Arcano XII (El colgado) está a dos pasos de La templanza, Arcano XIV, que es la que permite hacer algo con aquel nuevo punto de vista ganado en suspensión. Pero antes de llegar a la Templanza, hay que pasar por el temido Arcano XIII, la muerte del ego. Pues bien, que así sea. Nosotros somos el cortafuegos de la propagación monstruosa de lo propio y lo colectivo. Nuestra atención, que desde Hesíodo comparte raíz simbólica con el término cuidado y esperanza (elpis), sostiene esa fuerza de la que nace la coherencia entre pensar, sentir y hacer. Este número XIV de Revista Barda busca ser un canal de transmisión de esa fuerza. Ya sabemos cuál es el paso siguiente.